

Los de afuera en México

Gerardo Necochea

Mónica Palma. *De tierras extrañas: un estudio sobre la inmigración en México, 1950-1990*, México, SEGOB-Instituto Nacional de Migración-Centro de Estudios Migratorios/INAH-DGE Ediciones, 2006.

El libro *De tierras extrañas* es de factura eficiente. La autora aborda la historia a considerar de manera pragmática, resolviendo cuestiones básicas sobre números y características mensurables sobre tiempos, lugares y desplazamientos. Por supuesto que las preguntas que orientan la narración son tan fáciles de hacer como difíciles de responder. Para este libro la autora enfrentó dos dificultades en particular.

La primera tiene que ver con la magnitud, la ambición del proyecto. El propósito es ofrecer una visión general de los inmigrantes que llegaron a México durante la segunda mitad del siglo XX —y por supuesto, para entender continuidades y rupturas con el periodo anterior, por necesidad examina el siglo completo—. La otra dificultad es conmensurable con la magnitud de la ambición. ¿Dónde encontrar la información que responda las interrogantes clásicas, si no exhaustivamente, al menos a cabal satisfacción? Claro que existen fuentes de información, y que como siempre son inaccesibles, fragmentarias, ininteligibles, incompatibles y un largo etcétera que comprende la frustración y empeñamiento de buscar

cierta información durante semanas y que servirá para escribir un solo párrafo de los cientos que componen el texto final.

El texto final es testimonio de un buen manejo del oficio de historiar. Por esta razón no me detengo aquí ni a reseñar ni a criticar el conjunto. Comento, en cambio, algunos aspectos que me parecen centrales para entender la historia narrada. Después elaboro algunas posibles líneas de investigación, sugeridas pero no implícitas en la argumentación de la autora.

Posiblemente los caminos andados en pos de las fuentes llevaron a la reflexión sobre el entramado jurídico que debió producir al menos la información oficial. *De tierras extrañas*, en consecuencia, contiene un capítulo que recuenta la legislación alrededor de poblamiento e inmigración. A mí me resulta útil su esfuerzo porque resalta lo que es importante de esa historia legislativa: el giro que ocurre, ya entrado el siglo XX, de promover la colonización para blanquear y mejorar la población, a favorecer la integración de la población residente —convertir a la población indígena en mexicanos— y mejorar sus condiciones de subsistencia. El racismo no desaparece pero al menos disminuye en el discurso público.

El examen y contraste que la autora hace de la inmigración de estadounidenses, latinoamericanos del cono sur y de Centroamérica es interesante justamente a la luz de este giro. En breve, la autora concluye que los primeros dos grupos, los es-

tadounidenses que vienen a vivir su jubilación y los sudamericanos que vienen exilados, son mejor recibidos que el tercer grupo, compuesto por campesinos indígenas que huyen de la guerra civil y política de exterminio de la dictadura en Guatemala. Los tiempos, los sucesos y la manera de emigrar fueron distintos y ello parcialmente explica las diferencias. Pero también las poblaciones eran distintas: estadounidenses y sudamericanos eran en general descendientes de europeos nacidos en América; los guatemaltecos, en cambio, eran indígenas que desde antes de las fronteras ya ocupaban el territorio. El contraste de lo que sucede a cada grupo de inmigrantes ilumina la incongruencia, las contradicciones entre el discurso público de la norma y la práctica caprichosa de quienes ofician la norma.

Lo anterior abre una veta de estudio que me parece importante. Los estudios de inmigración en México, en particular los que enfocan algún grupo, se han preocupado por conocer cómo fueron recibidos y qué aportaron estos extranjeros a la sociedad local. En este tono de inventario con frecuencia no es posible ir más allá de los modelos de asimilación y conservación identitaria. Pero habría que seguir las pistas que Mónica Palma abre en su texto para plantear nuevas preguntas.

Una posible concierne a la manera en que los inmigrantes entran en el proceso social mexicano. El giro hacia el indigenismo en las décadas posteriores a la revolución afectó el

discurso público, pero no eliminó actitudes y prácticas de discriminación ni cambió el curso del proceso de diferenciación social que conformó grupos moldeados por características de clase y etnia, que a su vez configuraron como clase dominante a una elite marcadamente criolla y a clases subalternas marcadamente indígenas. Los inmigrantes en general fluyeron hacia los rangos altos, ya sea quienes poseen el poder económico o los cuadros al frente de su administración. Quizá por su naturaleza de extranjeros no participaron activamente en el poder público, pero sus hijos y nietos comenzaron a hacerlo hacia el final del siglo XX. Esos hijos y nietos sin duda también ocupan un espacio significativo en ese delgado estrato social que denominamos clase media, relativamente acomodada, de profesionistas, intelectuales y artistas. Numéricamente poco importantes, su trayectoria es importante porque es uno de los vectores que conforma a la burguesía y a ese 20 por ciento de la población con ingresos muy por encima de la pobreza. ¿Qué tipo de sociedad produce este desenlace y en qué medida los inmigrantes la moldearon al tiempo que fueron moldeados por ella?

En consecuencia, y aquí hay una segunda veta a explorar, interesa entender cómo estos inmigrantes conocen México. La autora, cuando trata de los exilados sudamericanos, se detiene a contemplar lo que ellos sabían sobre México antes de llegar. Sabían poco o nada, en general. Sería igualmente importante conocer qué sabían los jubilados estadounidenses y los refugiados guatemaltecos. Todos sin duda venían de tierras extrañas, como afirma el título, pero hay grados de extrañeza que obedecen a cuestiones tanto de geografía como de historia y cultura.

También será interesante saber cómo fueron introducidos y socializados a la cultura del país. Los tres casos examinados en el capítulo tercero en cierto modo se quedaron al margen del proceso social arriba descrito. Su introducción y socialización ocurrió de manera diferente en los entornos locales. La autora menciona que con frecuencia los veteranos de guerra y los jubilados estadounidense casaron con mujeres jóvenes que primero fueron sus trabajadoras domésticas. Muy distinto fue el proceso de los sudamericanos que convivieron con artistas y académicos mexicanos, formando en el proceso una idea de re-

gión, cultura y política latinoamericana. Distinto también el proceso de la población indígena que cruza la frontera para encontrarse con las mismas comunidades indígenas discriminadas y explotadas —más cercanos entre ellos de lo que cada uno estaría a la idea criolla de nación—, y capaces por lo mismo de compartir extensos lazos de solidaridad que se extienden de la frontera sur a la frontera norte.

Estos procesos locales de aculturación, además de profundizar ciertos aspectos de la historia referida por la autora, también iluminarán el proceso vivido por grupos que permanecieron más cerrados y volcados hacia la conservación de la diferencia, nacional y de clase.

Pero ya me extiendo mucho en la especulación, aunque creo que es un tributo al libro *De tierras extrañas*, precisamente porque invita a continuar el trazo de las líneas de investigación que firmem ente establece. Por eso es que me interesa invitarlos a una lectura interesada, que no es otra cosa que aceptar la invitación que Mónica Palma hace a sus lectores para usar dicho estudio como marco general y punto desde el cual lanzar anzuelos a las aguas de la historia reciente.

